

fué premiada con la corona del martirio. Porque noticioso Almaguio de lo que pasaba, mandó que al punto fuese molido á palos con bastones gruesos y nudosos; lo que se ejecutó con tanta crueldad, que el santo mártir espiró en aquel tormento. Sucedió el martirio de estos grandes santos al principio del tercer siglo. Sus cuerpos fueron enterrados á cuatro millas de la ciudad, cerca del lugar donde fueron martirizados. Desde el cuarto siglo fueron venerados con público culto en toda la Iglesia. El año 740 el papa Gregorio III renovó su sepulcro, y hácia el fin del mismo siglo Adriano I mandó edificar en honra suya una iglesia. En el año de 821 fueron trasladados sus santos cuerpos á Roma, juntamente con el de Sta. Cecilia, por el papa Pascual, quien los colocó todos en una iglesia dedicada á esta santa virgen.

SAN PEDRO GONZALEZ, LLAMADO VULGARMENTE SAN TELMO, CONFESOR.



S. PEDRO GONZALEZ TELMO.

SAN Pedro Gonzalez, ó S. Telmo, glorioso ornamento del orden Dominicano, y uno de los mas brillantes astros de su siglo, nació en 1185, en la pequeña villa llamada Fromista del obispado de Palencia, reinando en Castilla Fernando II. Diéronle sus padres una educación cristiana tan propia de su piedad como de su ilustre nacimiento, y cuando tuvo edad para tratar de estudios; un tio suyo, que era á la sazón canónigo y luego fué obispo de Palencia, lo llevó á su casa; y conociendo las bellas disposiciones que tenia su sobrino para las ciencias, le buscó los mas hábiles maestros, bajo cuya enseñanza hizo Pedro grandes progresos en las artes liberales. Dióle su tio un canonicato en la misma iglesia en edad que no tenia el asiento, ni la gravedad que para aquella dignidad se requería; porque aunque era mucha su habilidad, siendo como era mozo, noble, rico y poderoso, todo respiraba locura y vanidad. Vacó la dignidad de dean, y fué promovido á ella Pedro por el papa á instancias de su mismo tio; pero como el ilustre jóven se hallaba en lo mas florido de sus años, y era galan de cuerpo, inflamado su corazón con el honor de la nueva dignidad, no pudiendo contener la elacion dentro del pecho, dispuso celebrarla saliendo por la ciudad á caballo, acompañado de lucida comitiva que sirviese á su mayor vanidad. Salió el dia de la Natividad de Jesucristo vestido de seglar, desempedrando, como suele decirse, las calles con desenvoltura, y escandalizando á los que debiera edificar.

Pero el Señor, que de las cosas mas perdidas y desatinadas

puede sacar fruto para bien de los que quiere salvar, ordenó que este mozo tan hermoso y tan galanamente adornado, desbocándose el caballo viniese á caer con él en un asqueroso lodazal; de donde salió hecho un monton de basura, silbado y burlado del mismo pueblo que pretendia espantar con su gallardía. Fué tal la vergüenza y confusion de este mozo al verse tan sucio y en lugar tan público, que con santo enojo embraveciéndose contra sí mismo iba diciendo: Pues el mundo me ha tratado como quien él es, y en el dia y la hora que me entregué yo en sus manos y busqué su gozo, me ha afrentado y burlado de esta manera; desde este punto quiero yo reirme de él, torciéndole el rostro y poniéndome en salvo donde no se burle de mí otra vez.

Era esto en los dias de Sto. Domingo de Guzman, quando en Palencia estaba muy viva la memoria de esta gran lumbrera de la Iglesia. Edificábase en aquella ciudad un convento de su nueva orden donde se guardaba la regla del santo patriarca muy á la letra. Pareció á Pedro que en ella podria satisfacer á sus deseos, no otros que los de desnudarse del hombre antiguo y de todas sus concupiscencias, para vestirse del hombre nuevo con la estola de la gracia; y alentado de tan nobles pensamientos, abrazó el querúbico instituto con el fin de atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion. Vistió el santo hábito; y proponiéndose por modelo de todas sus operaciones al santo fundador, puede decirse sin exageracion, que salió la copia en todo parecida al original. Ningun novicio le hizo ventajas en la carrera de la perfeccion á que era llamado, ni ninguno le escedió en la exactitud de la observancia religiosa: en efecto su devocion, su humildad, su obediencia, su pobreza evangélica, su ardiente caridad, su oracion casi continua, y su puntual asistencia á los oficios divinos, y á los de comunidad, acreditaron desde luego que su vocacion habia sido uno de aquellos especiales llamamientos de la divina Providencia. Hizo su solemne profesion; pero no por eso se disminuyó su fervor, ni dejó las virtudes que practicó en el noviciado, antes bien si cabe, las perfeccionó en el discurso de su carrera.

Quisieron los superiores valerse de una persona tan ilustre como Pedro para el principal designio del instituto, que es la predicacion de la palabra de Dios; pero como era indispensable que para ello tuviese inteligencia en las ciencias sagradas, le mandaron que estudiase teología. Dedicóse el Santo á esta facultad con una aplicacion sin término, y especialmente á las Santas Escrituras, ansioso de sacar de ellas como de fuentes originales, las saludables aguas para utilizar al pueblo; y persuadiéndose

que por el conducto de la oracion facilitaria mas que por el estudio la consecucion de sus deseos, pedia al Señor por este medio, que se dignase darle los talentos necesarios para hacerse digno de anunciar las verdades evangélicas. Oyó el Señor con agrado las reverentes súplicas de su siervo, y le concedió toda la ciencia, toda la virtud, y toda la eficacia que confiere á los operarios apostólicos, para que ejerzan dignamente las funciones de su ministerio.

Comenzó Pedro á predicar con tan nobles disposiciones; y correspondiendo el fruto á su zelo verdaderamente apostólico, lograba cada dia maravillosas conversiones de pecadores arrepentidos, sin que hubiese alguno tan obstinado, que se resistiese á la voz de su triunfante elocuencia. Corrió por varios pueblos de Castilla, predicando en todas partes no solo con las palabras, sino con su edificante ejemplo; observando siempre la invariable costumbre de no salir de las casas en que se hospedaba, sin que confesasen todos los de la familia, moviéndolos á verdadera contricion con sus zelosas exhortaciones, capaces de encender en el amor de Dios á los corazones mas endurecidos; siendo su vigilancia, y su actividad tanta en esta parte, que quando conocia que necesitaba alguno del sacramento de la Penitencia, no podia sosegar un punto, hasta que le administraba, sin reparar en las horas, en los tiempos, ni en las estaciones, prefiriendo la salvacion de las almas á su propia vida.

Estendióse la fama del célebre misionero apostólico por toda España; y deseando el rey Fernando III de Castilla valerse del auxilio del siervo de Dios, lo llevó en su compañía en varias expediciones que hizo contra los Moros; especialmente en la importantísima de Sevilla, creyendo firmemente que tendria con su apoyo felicisimos sucesos. No salieron frustradas las esperanzas del religiosísimo monarca, pues á los fervorosos ruegos de Pedro para con el Señor, y á las eficaces predicaciones que hacia en el ejército, se debieron las repetidas victorias que consiguió aquel piadoso príncipe de las lunas agarenas; confesando como tan católico, que mas confiaba en las oraciones del siervo de Dios, que en el poder de sus armas.

Seria especie de prodigio, si una santidad tan eminente como la de Pedro estuviese exenta de la prueba de la persecucion, con que acrisola el Señor la virtud de sus siervos. Aunque era tan notorio el candor, y la angélica pureza de Telmo, con todo no faltaron libertinos del ejército, que resentidos del ardoroso zelo, y de la apostólica entereza con que predicaba contra las costumbres obscenas, solicitaban manchar su inocencia, para desconcep-

tuarle con el rey. Supo estas perversas intenciones cierta mujer prostituta, que hacia alarde de su habilidad en la materia, y se ofreció á pervertir al Santo, siempre que se le premiase su artificio. Prometiéronle sumas crecidas los descontentos, y hecho este pacto, se dispuso á poner en ejecucion uno de aquellos diabólicos pensamientos, que solo puede inspirar el enemigo de la salvacion, y el protector de la impureza. Eligió una hora intempestiva, muy cerca la noche, para hablar al Santo, á pretexto que tenia que confesarse. Pero cuando se vió á solas con él, significó al Santo con las palabras mas seductivas y encantadoras el amor que la abrasaba, añadiendo lágrimas, suspiros y cuanto puede sugerir el espíritu infernal de mas activo para hacer valer sus astucias y engaños. La oscuridad de la noche, lo apartado del aposento, la soledad, la hermosura, la persuasion y un amor, aunque falso, bien ponderado, hacian la tentacion de las mas terribles y peligrosas. Atónito quedó S. Pedro oyendo el razonamiento apasionado de aquella infeliz mujer; pero inspirado del cielo pensó en ver como podria ganar aquella alma: No permita Dios, respondió el Santo, que yo sea causa de tu mal: cesen tus lágrimas y tu tristeza, que dentro de poco estarás satisfecha. Dicho esto, se apartó de ella, y juntando leña hizo una hoguera. Llamó á la mujer, y apenas se presentó cuando el Santo tendió su manto sobre la voraz hoguera, y echándose encima decia estas palabras: Si tan grande es el amor que me tienes, ven á gozar de él y satisfacerle á este lecho: tal vez el fuego material apagará el torpe y abominable que te abrasa. Diciendo esto, revolcábase el Santo en las llamas sin que éstas se atreviesen á dañarle, ni á chamuscar siquiera el pelo de sus vestiduras. Confusa y avergonzada la deshonesto mujer, postróse á los pies del Santo, pidió que la perdonase, y verificó llena de lágrimas la confesion que habia fingido para seducir la inocencia y honestidad. Así quiso Dios trocar esta mujer de vaso de desprecio en vaso de honor, y así quiso manifestar la santidad de su siervo con las pruebas auténticas que tiene la virtud.

Volvió el santo rey D. Fernando triunfante de las gloriosas expediciones que hizo contra los Agarenos; y deseando Pedro continuar su ministerio libre de la emulacion de los cortesanos, se dedicó con nuevo ardor á la conversion de las almas. Predicó en todo el reino de Castilla lleno de aquel mismo fuego con que salieron del cenáculo los apóstoles para la conquista del mundo; pero donde mas brilló su zelo, fué en la provincia de Galicia, que fué el teatro de sus laudables empresas, por haber residido en ella la mayor parte de su vida, primero en Santiago, des-

pues en Lugo y en otros pueblos rio abajo del Miño hasta Ribadavia. Seria necesario dilatarnos mas de lo que permite un compendio, á querer referir individualmente las portentosas conversiones que hizo en aquel país, donde correspondieron los frutos del zeloso operario del Padre de familias al infatigable anhelo con que dispensaba las funciones de su ministerio; y el alto concepto que se mereció entre aquellos naturales que le oian, y le veneraban como á un hombre venido de los cielos.

No fueron solos estos gloriosos hechos en orden á lo espiritual los que eternizaron la memoria de Pedro, pues su ardiente caridad se extendió á beneficiar á aquella region en lo temporal. Sentia el siervo de Dios los formidables estragos que causaba el caudaloso rio Miño cerca de Ribadavia con sus frecuentes inundaciones; y deseando evitar las desgracias que sucedian diariamente, pues eran muchas las gentes que se ahogaban vadeando este rio, determinó fabricar un puente junto al lugar de Castriello, famoso por el monasterio en que á mediados del siglo x era prelada la reina Gotona, viuda de D. Sancho Ordoñez, rey de Galicia. Era aquella obra por el peligro de su situacion, y por sus grandes costos para el poder de un rey; pero como el Santo tenia puesta toda su confianza en Dios, no reparó en las grandes dificultades que ofrecia aquel soberbio edificio; en el que trabajaba como uno de los peones, sin perjuicio de predicar todos los dias á la multitud de gentes que concurrían á aquel lugar, así por ver al nuevo apóstol, como para admirar una obra tan magnífica, ejecutada sin otros fondos que los que suministraba al Santo la divina Providencia. Es cosa fuera de duda lo que se refiere de los peces que salian de la lengua del agua para que nuestro Santo tomase de ellos los que necesitase para que se alimentasen los operarios, y los demás no se partian de allí hasta que les echaba su bendicion.

Concluida la fábrica, se estableció Pedro en la ciudad de Tuy, no con otro fin que el de continuar su ministerio apostólico; el cual ejecutó con tanta edificacion, y con tanto zelo, que así en la ciudad, como en los pueblos de la comarca logró para Dios innumerables conversiones de pecadores; bien es verdad que dieron mucha eficacia á su predicacion los muchos milagros con que quiso el Señor manifestar la eminente santidad de su fidelísimo siervo. Diéronle aviso casi á la misma hora de comer, que en Bayona de Tuy estaba gravemente enfermo un clérigo amigo suyo: partió á visitarlo inmediatamente con un religioso jóven y otro secular, y cuando llegaron á un cerro llamado *Porcela de Arcela*, cansados y desmayados los compañeros, dijo el seglar al

religioso: *Este padre como está acostumbrado á comer poco, no siente el trabajo de otros, queriendo medirlos por su regla; sin atender que las edades, ni los estómagos no son unos en todos.* Conoció el siervo de Dios por revelacion la murmuracion de los compañeros, y les mandó, que se acercasen á una piedra que les señaló, donde encontrarían lo necesario para socorrer su necesidad. Hicieronlo ambos inmediatamente; y encontrando dos panes de estremada blancura, y de un sabor admirable, no les quedó duda ser aquel alimento celestial. En aquella tierra predicó segun su costumbre con grande admiracion de sus moradores: despoblábanse los lugares en su seguimiento; de muchas lenguas iban á oírlo viejos, pobres, mujeres, enfermos, y toda suerte de gentes. Estando predicando en otra ocasion el Santo en Ramallosa, cuyo puente solicitó y obtuvo que se edificase, se movió una tempestad tan deshecha, que asustado todo el concurso, comenzó á huir precipitadamente: dijoles Pedro, que se mantuviesen sin temor alguno, y alzando el brazo hácia las nubes, se dividieron en dos partes descargando una furiosa inundacion, sin que cayese una sola gota de agua sobre los oyentes. De esta manera corria aquellas tierras el siervo de Dios haciendo por todas partes el bien que podía.

Quiso el Señor premiar los grandes merecimientos de su siervo amado, y habiéndole revelado la hora de su muerte, lo manifestó así al pueblo, estando predicando un domingo de Ramos en el monasterio de Persecario de religiosas Benedictinas. Regresó de allí á Tuy á tener en aquella ciudad la semana santa, y no dejó de predicar todos los dias en la catedral con el mas ardoroso zelo, imitando en esto á Jesucristo, que predicó en el templo muchos dias antes de su muerte. Pasada la Pascua de Resurreccion, enfermó de una recia calentura, aunque sintiéndose de ella algo aliviado, sacando fuerzas de flaqueza se puso en camino para Santiago con deseos de morir en el convento de su orden; pero llegando á la villa de Santa Columba, entendiendo que era venida la hora de su muerte, dijo á su compañero: Hijo, Dios quiere que muera yo en Tuy, no se puede salir de su mandamiento, ni es justo que yo lo quiera: volvamos como mejor pudiéremos, y dentro de pocos dias nos separaremos. Al llegar á Tuy arreció mucho la calentura, y recibidos los últimos sacramentos con aquel fervor, y con aquella devocion que era propio de su ternura, llamó al huésped de la casa donde estaba, que entonces no habia convento de su orden en aquella ciudad, y le dijo: «Amado mio, el Señor me llama para pagar con gran premio mis pequeños servicios. Hame prometido que por mis ruegos protegerá á

esta ciudad y su comarca, y la librá de los muchos castigos que por sus pecados merece. Perdóname el trabajo y molestia que te he causado con mi enfermedad, y espera que Dios te lo pagará largamente. Yo soy pobre y no tengo cosa temporal que darté: toma este cingulo mio, y guárdalo, que algun dia te aprovechará.» Tomólo el huésped, y luego fué colocado en el relicario de la catedral junto con el báculo y capa del mismo Santo. Queriendo utilizar los instantes que le restaban, no parecia posible amor de Dios mas encendido, ni mas generoso que el que manifestó esta dichosa criatura en los últimos periodos de su vida; y abrasado en divinos incendios, rindió su espíritu en manos del Criador entre la Pascua y Pentecostes del año 1246, bien que algunos señalan el de 1240.

El obispo de Tuy D. Lucas, aquel insigne escritor de la historia de España, mandó celebrar las exequias del Santo con toda la posible magnificencia, depositando despues el venerable cuerpo con sus propias manos en el sepulcro que hizo colocar entre el coro y la puerta principal de la catedral. No tardó Dios en manifestar la gloria de su siervo con repetidos prodigios; memorable entre ellos la destilacion de un aceite milagroso de admirable fragancia, que manó por algun tiempo de su sepultura, semejante al que se dice haber sudado aquel precioso monumento del monte Sinai, en que por ministerio de ángeles fué depositado el cuerpo de Sta. Catalina: con una virtud especial para la curacion de varias enfermedades; del que llenaron un vaso los canónigos, y duran algunas gotas hasta el presente.

Crecian de dia en dia los milagros que obraba Dios por la intercesion del Santo; y queriendo acreditarlos en forma D. Gil, obispo de Tuy, sucesor de D. Lucas, hizo informacion judicial de ellos, en la que depusieron noventa y siete testigos de doscientos ocho milagros hasta entonces conocidos, enviando esta sumaria al capítulo general que celebró el orden de Predicadores en Tolosa en el año 1248, para que solicitase la beatificacion, y la canonizacion del siervo de Dios; cuyas reliquias trasladó D. Diego Avellaneda, obispo de Tuy, del primer depósito á la capilla de los señores obispos; como en efecto lo ejecutó en 22 de enero de 1529, encerradas en una arca primorosa de plata. Pero pareciéndole á D. Diego de Torquemada, que un justo tan insigne, y á quien el cielo distinguia con tantos milagros, no debia estar confundido con los obispos, resolvió edificar una suntuosa capilla donde se venerase el cuerpo de S. Pedro. Ejecutóse así, y se trasladaron á ella las sagradas reliquias en 27 de abril de 1579. Finalmente, habiéndose justificado en debida forma, que el culto in-

memorial que se tributaba al siervo de Dios desde su feliz tránsito, era de los exceptuados de los decretos de Urbano VII, lo aprobó el papa Benedicto XIV en el año de 1741, y concedió que se celebrase su fiesta con oficio y misa propia en todo el órden Querúbico, en el obispado de Tuy y de Palencia, y después en todas las diócesis de España.

La proteccion de nuestro Santo para con los navegantes ha fomentado la universal devocion que le tienen los pueblos de nuestra costa. Especialmente le hacen gran fiesta en Lisboa, en Vizcaya y en Guipúzcoa, donde es llamado SAN TELMO, nombre por el cual le conocen los marineros y le invocan en las tempestades y peligros de mar. Estando una vez un marinero en la gavia alta de su nave, se evantó un viento tan furioso que dió con el hombre en el mar: encomendóse á S. Pedro Gonzalez, y el santo confesor con el hábito de su órden le apareció y le cogió por la mano, diciendo: *Pues me has llamado, yo te quiero socorrer*; y le llevó á la nave que ya se habia alargado buen trecho. En otra tormenta muy horrible y peligrosa, llamándole los marineros á voces, y con grandes plegarias, se vieron milagrosamente en su salvamento. Alabemos á Dios por los beneficios que nos dispensa en sus santos, y porque en nuestro S. Pedro quiso de varias maneras manifestarse grande y maravilloso.

La misa es en honra de los santos Tiburcio, Valeriano y Máximo, y la oracion la siguiente :

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que los que celebramos la fiesta de tus santos mártires Tiburcio, Valeriano y Má-

ximo, imitemos tambien sus virtudes. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo 5 del libro de la Sabiduria.

Estarán los justos con grande ánimo contra los que les afligieron y les quitaron el fruto de sus trabajos. Los malos á su vista se llenarán de temor y de horrible espanto; y estarán sorprendidos del susto, viendo al instante contra su esperanza á los justos salvos y con tanta gloria, diciendo entre sí pene-

trados de un vivo sentimiento, y arrancando gemidos de su corazon angustiado: Estos son los que en otros tiempos fueron el objeto de nuestras burlas, y los que poníamos por ejemplo de personas dignas de todo oprobio. Nosotros, insensatos, reputábamos su vida por necesidad, y su muerte por deshon-

ra; no obstante, miradlos ele- que tienen suerte entre los vados entre los hijos de Dios, y santos.

REFLEXIONES.

Hi sunt quos habuimus aliquando in derisum... nos insensati. Estos son los que en algun tiempo fueron objeto de nuestra burla y de nuestras zumbas. ¡O necios! ¡ó insensatos de nosotros! Esta confesion tan honrosa para la virtud es casi tan antigua como el mundo: desde su misma cuna fué perseguida la virtud; los buenos comenzaron á padecer desde que hubo malos. Pero aunque esta costumbre sea tan antigua, no por eso se hace menos estraña.

Que todos los ánimos se irriten y se declaren contra una devocion falsa, aparente y disimulada; que la hipocresia escite la indignacion de todo el mundo, es cosa muy justa, nada hay mas puesto en razon. Los hipócritas son objeto digno de todo el odio de Dios, y de la aversion de los buenos; pero que se aborrezca á la devocion verdadera; que la verdadera virtud padezca una especie de persecucion en medio del cristianismo; esto es lo que sola la esperiencia pudiera hacer creible, y esto es lo que igualmente se opone á la razon que á la religion.

Desengañado un jóven de los frívolos entretenimientos, de los falsos pasatiempos del mundo, conociendo su vanidad, alumbrado con luz del cielo, y movido de la gracia, se declara por el partido de la virtud. ¡Buen Dios, cuantas burlas, cuantas censuras, cuantas insulsas bufonadas tiene que sufrir! No siempre es lo que cuesta mas la victoria de las pasiones. La prueba mas terrible de una virtud tierna y recién nacida son las zumbas de los malos, y tal vez, lo que es mucho mas sensible, las indiscretas, las imprudentes espresiones de los que se reputan por buenos.

Al contrario, que otro de su misma edad, deslumbrado de las brillantes exterioridades que encantan y embelesan, engañado de aquellas lisonjeras esperanzas con que el mundo sustenta á los que le siguen, entre por el camino ancho de la perdicion, y se abandone á las perniciosas máximas del mundo; nadie le habla palabra, antes bien á poco que sobresalga en aquellas prendas superficiales y sin sustancia que el mundo aprecia y celebra, todos le aplauden, todos le ponderan. Sus mismos padres son los primeros que concurren á fomentar su pasion; aunque sean inmensos los gastos que hace para mantener el juego, el fausto, la profanidad, todo lo da por bien empleado la familia en conside-

racion del rumbo que ha tomado. ¿Se hace distinguir en el sarao, en el baile? á competencia lo celebran todos, mientras la virtud humilde, ejemplar y recogida es objeto de la risa. No se repara en que aquel jóven libertino gaste lo que quisiere para mantener su disolucion: á manos llenas se da cuanto se la antoja á aquella hija loca para sus modas, para sus invenciones y para su profanidad. Pero abracen estos mismos hijos el partido del retiro, de la modestia y de la devocion, falta poco para desheredarlos; á lo menos se les reduce á los precisos términos de su legítima; mientras que las mejoras y los aumentos se reservan para los indevotos, para los que siguen ciegamente el espíritu del mundo. ¿Y qué se responderá á Dios cuando pida estrecha cuenta de esas injustas preferencias, de esas impías predilecciones? Entonces clamareis: ¡Ay qué impiedad! ¡ay qué injusticia! pero ya llegará tarde el arrepentimiento.

Nos insensati. ¿Pero de qué sirve conocer el mal, cuando ya es el daño sin remedio? Necios de nosotros, que nos causaba lástima la vida ejemplar de los buenos; que nos burlábamos de su modestia y de su circunspeccion; que los mirábamos con una especie de desden y de desprecio. Los desterrábamos de nuestros conventículos, juntas y concurrencias, y sentíamos no sé qué maligna complacencia en hacer ridiculas sus mas prudentes acciones. ¿Cuántos insulsos chistes se nos ofrecieron sobre sus escrúpulos, sobre su delicadeza de conciencia, sobre el tenor regular de su conducta? A nuestros ojos eran unos hombres de mal gusto, de corazon apocado, y de una estravagancia que se acercaba á parvulez. ¡Ah, que la parvulez y estravagancia fué la nuestra! *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.* Aquellos que parecian tan despreciables á nuestros ojos eran la mas noble porcion del rebaño de Jesucristo. Como ilustres herederos de la virtud de los santos están hoy en posesion de la gloria. Su suerte será eternamente objeto de admiracion y de veneracion á todo el universo, y á nosotros de envidia, de rabia y de desesperacion.

Talia dixerunt in inferno hi qui peccaverunt. Así discurren y así hablan de la verdadera sabiduría de los buenos en la hora de la muerte los que no quisieron imitarlos en vida. Esta justicia hacen á la virtud aun en el mismo infierno los que la persiguieron en el mundo: así se respeta en el otro á los que en este se desprecia.

El Evangelio es del cap. 15 de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Yo soy vid verdadera, y mi Padre es cultivador. Todo sarmiento que no lleve fruto en mí, le quitará: y todo aquel que lleva fruto, le mondará para que lleve mas. Vosotros estais ya limpios en virtud de la palabra que os he anunciado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Así como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, de la misma manera tampoco vosotros si no permaneciereis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que está en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque sin mí no podeis hacer cosa alguna. Si alguno no permaneciere en mí, será arrojado fuera como el sarmiento, y se secará, y le cogerán, y le echarán en el fuego, y arderá. Si permaneciereis en mí, y mis palabras se conservasen en vosotros, pedireis lo que quisiereis, y os será concedido.

MEDITACION.

De los que están en pecado mortal.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no puede el hombre vivir en estado mas infeliz, mas desdichado en este mundo, que en el de pecado mortal. Mas que uno nade y se anegue en bienes y en riquezas; mas que brille con todo el esplendor imaginable; mas que la fortuna risueña en todo le galantee; mas que esté colmado de honras, de gustos y de deleites; mas que haya llegado al ápice de la grandeza; mas que se vea colocado en el mismo trono; si está en pecado mortal es sobradamente infeliz y miserable. Lo mismo que es un cadáver espuesto á los ojos del pueblo debajo de un magnífico pabellon, tendido en una riquísima cama, es á los ojos de Dios un hombre que está en pecado mortal, entre honras, riquezas y abundancia. No es capaz de preservarle de corrupcion toda la brillantez, todo el esplendor del mundo. Los gusanos no respetan ni á la nobleza de la sangre, ni á la delicadeza de los miembros. Pueden los bálsamos, las drogas, los perfumes conservar incorruptas las carnes de un cuerpo muerto; pero no pueden hacer que no sea un espantoso cadáver. Pues aun es mucho peor una alma que está en pecado mortal. Todos los tesoros del mundo, toda su ostentacion, pompa y aparato no pueden estorbar que sea abominable, que sea ob-